



«Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se le pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la naturaleza! Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas...»
José Martí

[Es que Hart es una persona decente](#) / *Ambrosio Fornet*

[Armando Hart, es un ejemplo de primera línea de los que en la Cuba de hoy son llamados, de modo significativo, compañeros históricos](#) / *Roberto Fernández Retamar*

[Un ineludible discípulo de José Martí cuya vida se confunde ya con la historia misma del país](#) / *Roberto Fernández Retamar*

[En gran medida gracias e él, nuestro socialismo martiano y marxista, muestra vida sana en la esfera cultural](#) / *Miguel Barnet*

[Un hombre sincero de donde crece la palma](#) / *Miguel Barnet*

[Honar al Doctor Hart es honrar a Cuba](#) / *Eusebio Leal Spengler*

[La vitalidad del pensamiento radical latinoamericano](#) / *Néstor Kohan*

[Armando Hart: un revolucionario febril](#) / *Eliades Acosta*

[Hijo ilustre de la colina universitaria](#) / *Eduardo Torres Cuevas*

(Nota: Textos tomados del libro Cuando me hice fidelista, de Eloísa M. Carreras Varona, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2017)



Es que Hart es una persona decente ¹

Ambrosio Fornet

Quizás nunca se haya escuchado en nuestro medio un suspiro de alivio tan unánime como el que se produjo ante las pantallas de los televisores la tarde del 30 de noviembre de 1976 cuando, durante la sesión de clausura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, se anunció que iba a crearse un Ministerio de Cultura y que el ministro sería Armando Hart. Creo que Hart ni siquiera esperó a tomar posesión del cargo para empezar a reunirse con la gente. Viejos y jóvenes. Militantes y no militantes. No preguntó si a uno le gustaban los Matamoros o los Beatles, si apreciaba más la pintura realista que la abstracta, si prefería la fresa al chocolate o viceversa; preguntó si uno estaba dispuesto a trabajar. Tuve la impresión de que rápidamente se restablecía la confianza perdida y que el consenso se hacía posible de nuevo. Recuerdo que comentaba con mi amigo Agustín Pi —el legendario doctor Pi— lo sorprendente que resultaba ese repentino cambio de atmósfera, y cuando supuse que iba a hablarme de la impecable trayectoria revolucionaria de Hart o de sus méritos intelectuales, lo oí decir —con un vocabulario que ya en esa época había caído en desuso: “Es que Hart es una persona decente”. Creo que fue en ese preciso momento cuando tuve la absoluta certeza de que el dichoso Quinquenio era en efecto un quinquenio y acababa de terminar. No es que desaparecieran definitivamente las tensiones, esos conflictos de opinión o de intereses que nunca dejan de aflorar en una cultura viva —recuerdo que todavía en 1991 nos enfrascamos en uno de ellos—, sino que las relaciones fueron siempre de respeto mutuo y de auténtico interés por el normal desarrollo de nuestra cultura.

Ir [arriba](#)

¹Fragments de la conferencia pronunciada por Ambrosio Fornet, el 30 de enero de 2007, como parte del ciclo La política cultural del periodo revolucionario: Memoria y reflexión, organizado por el Centro Teórico-Cultural Criterios, en la Casa de las Américas, en La Habana.



Armando Hart, es un ejemplo de primera línea de los que en la Cuba de hoy son llamados, de modo significativo, compañeros históricos.²

Roberto Fernández Retamar. (Fragmentos)

Max Henríquez Ureña llamó “la historia narrada por sus creadores” al conjunto de textos escritos sobre nuestra Guerra de los Diez Años por protagonistas suyos, y explicó así la génesis de dichos textos: “acuden a deponer ante la historia, como fedatarios del proceso en que están envueltos, los propios actores que, a más de vivir los acontecimientos, han contribuido a crearlos”, y reconstruyen “para la posteridad los episodios en que les tocó intervenir, que al cabo son pedazos de su propia vida”. El hecho se repetiría en Cuba en relación con distintos acontecimientos: señaladamente, la nueva etapa de la Guerra abierta en 1895; y, ya en nuestro siglo, la Revolución que se intentó alrededor de los años treinta. Estos grandes empeños, si bien iban radicalizando sus metas, conservaban entre sí vínculos profundos, pues todos se proponían hacer posible la nación para sí, y conquistar la justicia social. Por añadidura, la frustración en 1898 de la Guerra de Independencia, y en 1935 de “la Revolución que se fue a bolina” (según la gráfica observación de Roa), debida en ambos casos a la injerencia imperialista estadounidense, contribuyó todavía más a aunar esas hazañas en un propósito común caracterizado por la afirmación del país, la rebeldía y la rectitud moral. “La historia narrada por sus creadores” nos daría una y otra vez testimonio de ello. El libro que el lector/la lectora tiene entre las manos lo muestra con claridad.

Su autor, Armando Hart, es un ejemplo de primera línea de los que en la Cuba de hoy son llamados, de modo significativo, compañeros “históricos”, es decir, quienes estuvieron en la gestación misma del proceso revolucionario que

² Fragmentos del texto que a manera de prólogo, Roberto Fernández Retamar publicó en la primera edición de *Aldabonazo*, Editorial Letras Cubanas, 1997.

llegó al poder en 1959. Con esa autoridad ha escrito esta obra, para la cual parecen dichas no pocas de las palabras recién citadas de Henríquez Ureña. Como trenzándose con esas palabras, en el libro de Hart leemos: “Para mí todo estaba enlazado o formaba parte integral de la gran tarea revolucionaria e histórica que teníamos por delante. Sentía que en mi vida personal no había nada ajeno a ella”. Eso es lo que sentirá quien lea el libro, el cual es a la vez la evocación de las peripecias de un ser humano concreto, durante un período intenso, y la contemplación de ese período, con sus riesgos y dolores, sus esperanzas y grandezas.

Tal período es nada menos que el de los años que entre nosotros anteceden, en lo inmediato, a la hoy famosa década del sesenta, y, en consecuencia, al triunfo de la Revolución Cubana. Y ni esa década ni la misma Revolución pueden ser entendidas a cabalidad si se ignora cómo se formaron. Hart aporta aquí elementos esenciales para el recto entendimiento de esa formación, sobre la cual tanto se ha especulado, no siempre con el imprescindible conocimiento de los hechos: cuando no con prejuicios que deforman la perspectiva.

Aquí los hechos son mostrados en su plena transparencia, y limpios de prejuicios. El autor, cuya vida sorprende por su cúmulo de audacias, peligros y (en el mejor sentido del término) aventuras múltiples, parece sin embargo echarse a un lado para dar la palabra a la historia escueta. Incluso los documentos personales que incorpora son flechas disparadas hacia esa historia. Las propias meditaciones no tienen otra finalidad que llevar luz a las acciones. La magnitud de ellas, y la impresionante estela que dejaron tras sí, explican la repercusión que sin duda tendrá la obra.

“Un país frustrado en lo esencial político”, como en vísperas de los años cincuenta lo había descrito el poeta José Lezama Lima; un país que había sido convertido por los Estados Unidos primero en tierra militarmente ocupada, luego en un protectorado, y en una neocolonia, con la complicidad de serviles dirigentes locales entregados a la corrupción más desvergonzada, tocó fondo cuando el 10 de marzo de 1952 Fulgencio Batista dio su golpe de Estado. Pero «Dios escribe derecho por líneas torcidas», como asegura el proverbio portugués: el rechazo de aquella ignominia acabó haciendo despertar a la ciudadanía, encendiendo bríos, generando nuevos dirigentes, el más alto de

los cuales fue (es) Fidel. Armando se contó entre ellos, y uno de sus grandes méritos fue haber reconocido pronto el liderazgo indiscutible y perpetuamente creador de aquél.

Antes de las acciones fundadoras que en 1953 intentaron tomar el cielo por asalto, Armando había militado bajo la orientación de un hombre honrado, el profesor Rafael García Bárcena, de quien traza un noble retrato (como también lo hace de otras figuras que merecen el relieve que aquí se les da: baste recordar el nombre de Faustino Pérez). Es un hallazgo de Hart haberlo emparentado, por su singular libro *Redescubrimiento de Dios*, con quienes años más tarde propugnarían la Teología de la Liberación, de la cual García Bárcena fue a todas luces un precursor, aunque en el momento de la aparición del libro (1956) era harto difícil comprenderlo: destino habitual de los precursores.

Pero aquel filósofo bien intencionado y valiente no podía ser, sin embargo, quien encabezara el vasto, trepidante movimiento insurreccional requerido por el país. Los asaltos a los cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba, y Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo, revelarían a Fidel como esa cabeza entonces emergente. Hart lo conocía y apreciaba desde antes. Se habían conocido en las filas de la Ortodoxia, el partido fundado por Eduardo Chibás que bajo la consigna adecentadora “Vergüenza contra dinero” prendería en la gran mayoría del pueblo cubano. A pesar de la inmolación de Chibás en 1951 (su dramático “último aldabonazo”), contra ese partido fue dirigido esencialmente el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952; y del sector juvenil de ese partido saldrían los asaltantes de 1953 y el núcleo de lo que sería el pujante Movimiento 26 de Julio, entre cuyos fundadores y constantes dirigentes iba a encontrarse Hart. Él ha descrito con claridad el proceso en este libro, por lo que es ocioso insistir en el punto. De la misma manera que sería ocioso glosar las mil peripecias a que asistimos a lo largo de la obra, y que tanto tienen que ver con la dialéctica de la Sierra y el Llano en la lucha antibatistiana. En un punto, sin embargo, quiero detenerme, por su trascendencia. Refiriéndose a documentos elaborados para darlos a conocer a raíz del 30 de noviembre de 1956, en espera de la llegada del yate “Granma” a Cuba, Hart explica:

estos documentos son la prueba de que marchábamos a un enfrentamiento con el imperialismo, y de que la idea de la revolución social había penetrado en los combatientes del 26 de Julio de forma radical.

Fuera del país se tejió la historia de que nuestro proceso podía haber derivado hacia una revolución burguesa. A los que tal cosa han pensado, les invito a que reflexionen sobre las consecuencias de la aplicación de todo nuestro programa.

Más adelante añadirá Hart: “es más, la composición social de los cuadros más representativos de la dirección y de los combatientes de filas no era burguesa”; lejos de eso, ellos “pertenecían a las masas trabajadoras, a las capas medias, en su mayoría de escasos recursos, a los campesinos pobres y a los desempleados”. Observaciones así sustentan las razones de lo que, en el Epílogo, dice Hart:

En noviembre de 1959, cuando se produjo una compleja discusión en el Consejo de Ministros —Hart era a la sazón Ministro de Educación—, dije: “Para entender a Fidel hay que tener muy presente que está promoviendo la Revolución Socialista a partir de la historia de Cuba, América Latina y el pensamiento antimperialista y universal de José Martí”.

Y luego: “Me hice fidelista porque Fidel ha sido capaz de defender y materializar con dignidad y talento los paradigmas éticos y democráticos revelados en esa tradición patriótica”.

No hay síntesis mejor para este libro vibrante y honrado que tales palabras. «Esa tradición patriótica» había permanecido viva en un país que tras pelear treinta años por su independencia, experimentó cómo se la arrebatada una nueva metrópoli, inauguradora con su intervención en 1898 del imperialismo moderno; en un país donde las luchas antidictatoriales y reivindicadoras de hombres como Mella, Martínez Villena, Guiteras y Pablo de la Torriente, se habían fundido con un pensamiento social y una conducta internacionalista autóctonos y ya inseparables. La Generación del Centenario del nacimiento de José Martí, quien encarnara en grado sumo aquella tradición, encontró en ella su fuente intelectual, su fundamento moral, su impulso básico.

Este libro de Armando Hart, miembro sobresaliente de aquella Generación, contribuirá a hacerlo ver con nitidez, y es por tanto un aporte a la comprensión de las raíces en que se afinca nuestro presente, abierto, no obstante las dificultades actuales, a un futuro que siendo genuino sólo puede ser de victoria.

[Ir arriba](#)



Un ineludible discípulo de José Martí cuya vida se confunde ya con la historia misma del país.³

Roberto Fernández Retamar.

[...] Hace algún tiempo, aquí mismo, en el Centro de Estudios Martianos, al hablar de Hart, dije que probablemente él se había hecho martiano, como tantas personas, en la Universidad de La Habana. Y Armando, muy suave, pero muy claramente, me rectificó diciéndome que él se había hecho martiano en su hogar, en el hogar de sus padres. Tuvo ese privilegio de un hogar excepcional.

Hace relativamente pocas horas fuimos testigos, a través de la televisión, de cómo se le imponía a Armando Hart la Orden José Martí que lleva en el pecho. Y yo recordé que el primer cubano en recibir la Orden José Martí fue el Dr. Enrique Hart Ramírez, su padre. Armando tuvo por tanto, insisto en ello, el privilegio de un hogar donde se formó para siempre. No en balde un hermano suyo a, quien él tanto quiere, también compartió sus ideales y dio su vida por ellos. Armando hubiera podido ser hoy uno de los grandes mártires de la patria, porque corrió riesgos extraordinarios. Forma parte ya de la leyenda su escapada del tribunal que lo iba a juzgar. En general, la vida de Armando se confunde con la historia misma del país, es decir, hablar de los acontecimientos de la vida política de Armando Hart desde su adolescencia, como digo, se confunde con la vida del país.

En los años 40 comienza su actividad pública, que se incrementa en los años 50. Forma parte de la dirección del Movimiento 26 de Julio y de todos los organismos políticos trascendentes que se han ido creando en el país.

En relación específica con Martí, puesto que estamos en el Centro de Estudios Martianos, este es un homenaje que no solo le rinde el Centro de Estudios Martianos, pero que muy especialmente le rinde el Centro. Basta con

³ Versión de las palabras pronunciadas por su autor, en el homenaje ofrecido a Armando Hart Dávalos con motivo de recibir la Orden José Martí y su 80 cumpleaños, en el Centro de Estudios Martianos, 14 de junio de 2010.

recordar que la creación del Centro de Estudios Martianos fue una decisión de Armando Hart, recién nombrado ministro de Cultura, después de una etapa más o menos turbulenta en nuestra vida cultural.

Al crearse el Ministerio de Cultura y encomendársele a él esa importante misión, una de las primeras cosas que hizo Armando fue crear el Centro de Estudios Martianos. Ya había tenido una participación extraordinaria como Ministro de Educación. A Armando se debe haber encabezado la formidable campaña que terminó con el analfabetismo en Cuba; se deben muchas realizaciones importantes del Ministerio de Educación. Aún recuerdo cómo recién nombrado se hizo rodear por eminentes profesores, muchos de ellos de la Universidad de Oriente, grandes conocedores de la pedagogía y de la vida cultural; y eso hizo también cuando fue nombrado Ministro de Cultura, se rodeó de personas de alto nivel.

Y el Centro de Estudios Martianos fue una de sus primeras creaciones. Como ustedes saben, el Centro de Estudios Martianos debió haber sido dirigido por esa gran figura que fue Juan Marinello. No pudo ser, su muerte lo impidió, pero todavía recuerdo cuando Armando y yo fuimos a ver a Marinello a su casa en el Nuevo Vedado para pedirle que él encabezara el Centro, cosa que aceptó encantado de la vida, y hubiera sido un gran honor para el Centro. Desgraciadamente, su muerte lo impidió, y tuve que realizar yo esa tarea en lugar suyo, siempre con el constante apoyo de Armando Hart. No es un azar que, con el tiempo, Armando estuviera, como está, al frente de la Oficina del Programa Martiano y de la Sociedad Cultural José Martí. Se trata, en el caso de Armando, de un auténtico martiano.

Cuando hace algunos meses tuve que decir unas palabras en el Aula Magna en una —como decimos los cubanos— actividad del Centro de Estudios Martianos, aludí a la naturaleza misma del Centro de Estudios Martianos y mencioné de manera muy especial a un compañero entrañable que ya no está entre nosotros, Cintio Vitier, y dije que Cintio fue un gran martiano no solo por conocer profundamente la vida y la obra de José Martí, sino, sobre todo, porque se comportó como un discípulo de José Martí. Y esto puede y debe decirse de Armando Hart. Es un profundo conocedor de la obra martiana, es un profundo conocedor de la vida de José Martí, y es un ineludible discípulo de José Martí. Por eso es de elemental justicia que aquí en el Centro de Estudios

Martianos se le rinda este homenaje, y para mí es un privilegio haber trabajado a las órdenes de Armando Hart y poder decir hoy estas palabras.

Debo decir que en las primeras horas del primero de enero de 1959 escuché por primera vez la voz de Armando Hart, recién salido del presidio de Isla de Pinos, como se llamaba entonces. Armando llamaba al teléfono de un hermano mío que era activo militante del Movimiento de Resistencia Cívica. Esa fue la primera vez que oí la voz de Armando. Después la oiría muchas veces, conocería la labor abnegada y eficaz, valiente, consecuente de Armando. Así que vuelvo a aquí a agradecerle a Ana Sánchez Collazo este privilegio que me ha dado de decir estas palabras, y abrazo de todo corazón a mi hermano Armando Hart.

[Ir arriba](#)



En gran medida gracias e él, nuestro socialismo martiano y marxista, muestra vida sana en la esfera cultural.⁴

Miguel Barnet.

Hay una forma estéril, torcida y ciega de ejercer la autoridad. Esa forma es dañina en todos los terrenos del dominio humano, pero cuando se aplica a la cultura en su sentido más pleno, y no a la cultura de las bellas artes exclusivamente, su daño es mayor.

Quienes están obligados a aplicar la autoridad, es decir, quienes ejercen el ingrato oficio del poder, deben tener mucha conciencia de este rasgo tan singular. No todos los políticos están dotados del don de orientar y promover la cultura. No todos los hombres cultos podrían desempeñar este papel airosamente. Mis dogmas son mis gustos, decía T. S. Elliot demostrando, con derecho creador, una posición parcial ante la poesía, por ejemplo. Mis principios son mis caprichos llegó a afirmar Chesterton, pudiendo haber puesto en peligro la literatura de su época de haber poseído la férula de censor.

No quiere esto decir que no se deba ser culto y generoso a la hora de interpretar cualquier fenómeno vinculado a la vida artística y literaria de una nación.

Está demostrado, sin embargo, que no siempre los hombres que producen la cultura, es decir, los artistas y creadores son los mejores conductores de una política cultural. André Malraux, desde luego, fue una excepción. Supo establecer el equilibrio en un mundo donde la señal-escudo era lo divergente. Pero Malraux era dueño de una vocación creadora y de un aliento promotor que me atrevo a afirmar, no se ha repetido en Francia. Poseía, además, la sabiduría que le había dado penetrar en la siquis del hombre

⁴ Versión de las palabras pronunciadas por Miguel Barnet en el homenaje que le fue ofrecido en al UNEAC el 26 de junio 1990.

contemporáneo en un período de la historia pletórico de contradicciones, huérfano de fuerzas primigenias y marcado por un letal escepticismo. Lo hizo bien porque conocía la condición humana.

El autoritarismo, evidentemente, está en crisis en el mundo. Nuevas formas de dogmatismo sacan su oreja peluda para amenazar la natural fisiología de la vida. El socialismo de la Europa del este ha dado muestras fehacientes de ello. Un dogma promueve otro, en una sucesión caótica de ideas que solo conducen al nihilismo. Si creo que estamos a salvo de ello es porque siempre hemos caminado con nuestros propios pies, sobre un terreno firme y no sobre una base gelatinosa.

Porque cuando se tratan de imponer clisés de factura artificial a los procesos socio-históricos los mecanismos de creación fallan, se quiebran o cuando menos no generan nada digno de la especie humana.

La historia de Cuba muestra, puesta de pie, el modelo más perfecto de lo que acabo de decir. Cuando por un fallo estratégico de la autoridad se pretendió copiar esquemas ajenos a nuestra tradición, los valores más conspicuos hicieron resistencia y la maquinaria se malogró, quedando atrapados en ella quienes pusieron en práctica el juego peligroso del mimetismo y el dogma. Copiar modelos ajenos o tratar de imponerlos a nuestra realidad nos pudo haber llevado a un adocenamiento de nuestra ideología. Afortunadamente pudo más la historia.

No obstante un pensamiento obtuso barrenó un hueco en nuestra vida cultural. Hubo quien no salió de ese hueco jamás porque sus fuerzas eran débiles o porque en oscura complicidad con el fantasma pasajero que portaba la barrena, contribuyó a abrir el hueco creyendo que se salvaría del silencio.

Otros no cedieron y se mantuvieron erguidos sobre sus dos simples pies, seguros del camino a seguir y de su destino histórico.

No es el momento de recordar obsesivamente, como una aparición shakesperiana entre las brumas, ese hueco al cual íbamos de cabeza de no haber sido por la claridad de nuestra propia luz, de la brújula de Fidel y de los hombres y mujeres que desde hace siglos forjan la cultura cubana con conciencia absoluta de nuestra identidad.

Para celebrar el jubileo de los sesenta años de Armando Hart había que decir esto, o al menos ponerlo por delante como un yelmo. No haríamos justicia

verdadera a su gestión de Ministro de Cultura si lo ocultáramos. Y si no reconociéramos que sacó a muchos del hueco. Que en gran medida gracias a él nuestro socialismo martiano y marxista, muestra vida sana en la esfera cultural. Que prevalece el diálogo, la confrontación, el debate generacional en una relación de confianza recíproca.

Que las palabras de Fidel, aquellas históricas de la Biblioteca Nacional en su primer encuentro con intelectuales y artistas cobran cada vez más y más sentido.

Que predomina, pese a todo, el amor por el quehacer artístico frente a la esterilidad mediocre de los oportunistas y el igualitarismo demagógico. Que nuestro capital cultural más rico está en manos de aquellos que fundan y no de los que destruyen.

Que nuestro patrimonio actual se entronca con lo más valedero de nuestra tradición y con el ritmo sístole diástole de lo universal. Esa es la misión de fundador que ha cumplido cabalmente Armando Hart y que los escritores y artistas cubanos le reconocemos con gratitud.

Usted, compañero Ministro, sabe muy bien que estas palabras de elogio a su tarea no requieren de diezmo alguno, como era obligado en el pasado, y que no llevan la más mínima intención de adulonería. Ellas expresan, eso sí, el sentimiento del sector artístico e intelectual que batalla por el socialismo cubano y la garantía de una verdadera libertad creadora.

Que son las palabras de un hombre que reconoce a un servidor de la cultura para quien no existe privilegio alguno y cuyo premio será, es ya, el fruto que el arte cubano ha dejado para las generaciones venideras.

El florecimiento de ese arte, la rica gama de su expresión, se le debe también a su gestión.

Y ahora, permítanme que recuerde a aquel jovencito que polemizaba con Jorge Mañach en la Universidad del Aire, el mismo que escapó de la policía batistiana saltando por las ventanas del Tribunal Supremo, al fundador del Movimiento 26 de Julio, al compañero de Haydée, al dirigente de la Campaña de Alfabetización, —logro supremo de nuestra cultura revolucionaria—, a quien supo reconocer en Celia Sánchez a nuestra más autóctona flor, al colaborador de Fidel, al amigo que con su entusiasta hiperquinesia y su lucidez nos obliga cada día a ser más artistas y más

cubanos.

Hace unos días, en el festival de poesía de Sancti Spíritus le pidieron que dijera unas palabras. Él explicó que sentía la poesía dentro pero que no podía expresarla, que no le salía como a los poetas. Eliseo Diego, se puso de pie, tomó el micrófono y aclaró oportunamente que la poesía también se hacía con los actos.

Se refería, desde luego, a Armando Hart.

Por todo eso celebramos hoy su arribo a la edad en que ya no se requiere del oráculo para predecir. Y la celebramos con una alegría que no nos cabe en el pecho.

[Ir arriba](#)



Un hombre sincero de donde crece la palma”.⁵

Miguel Barnet.

Hubo una incertidumbre, un vacío, un hundimiento, o mejor dicho, un bache, en buen cubano. Muchos cayeron en ese bache. O los hicieron caer. No todos salieron ilesos de allí, no todos salieron del todo. Pero regodearse en la herida, lucrar con ella no es digno ni ético y mucho menos propio de revolucionarios ¿Quién contribuyó como nadie a sacarnos de allí? Fue él, no me pregunten cómo ni con qué argamasa pudo rellenar ese bache. Su inteligencia, su optimismo, sus ideas; esas que hoy han fructificado en la cultura cubana fueron sus instrumentos de rescate de lo que se iba a perder en lo oscuro.

1976 fue un año providencial para el movimiento cultural cubano. Él fue situado donde hacía falta, ahí donde había que desbrozar las malas yerbas, donde había que erradicar el arribismo y la mediocridad.

Y lo hizo con elegancia, con cautela, sin cercenar cabezas, más bien sacando del hueco aquellas que iban a rodar y poniendo a un lado rencores y revanchas. Él es uno de los marxistas más consecuentes de Cuba, más convencidos; él más obstinado de los revolucionarios y uno de los más lúcidos. El más fidelista, el amigo legal y el honesto, el gladiador de mil batallas, el incansable que convierte lo cotidiano en extraordinario, él es él, inquieto hiperquinético, creativo, con las balas en la cartuchera y el gatillo listo en el disparador de ideas, proyectos y acciones que encontrarán ecos en los amigos agradecidos para quienes él, impoluto con su cubanísima guayabera blanca, será siempre el Ministro, porque sin duda fue él quien inauguró la categoría de ministros de lujo. Y un ministro de lujo no es otra cosa que un hombre culto, modesto y generoso. En dos palabras: su ejemplo, su espejo.

⁵ Palabras pronunciadas por Miguel Barnet en el acto de imposición de la Medalla Félix Varela de Primer Grado a Armando Hart, el 10 de junio del 2000.

Un hombre que lleva un nombre que ya está en los museos y en la leyenda. Un nombre que no se puede separar de la Revolución Cubana. Un nombre que no se puede separar de la cultura cubana, de la vida de los escritores y artistas con los cuales ha mantenido un vínculo vivo y fértil. Un vínculo entrañable.

Un hombre, además, que vela con devoción por el Hermano Mayor, un martiano profundo y convencido. Un cubano grande que como dijo el poeta sevillano es en el mejor sentido de la palabra bueno. Un fundador que está ahí donde es más útil. Un cubano que llegó como de sorpresa a los venerables 70, con el brío y la audacia de sus años juveniles cuando salió repentinamente de las filas de los detenidos y amarró cuatro camisas blancas para escapar con vuelo de gato de la Audiencia de La Habana y continuar la obra de la Revolución junto a Fidel y Haydée, junto a todos nosotros. Un hombre sincero de donde crece la palma: Armando Hart.

[Ir arriba](#)



Honrar al Doctor Hart es honrar a Cuba.⁶

Eusebio Leal Spengler.

En nombre de la intelectualidad cubana solo en parte aquí representada, quiero agradecer a la Universidad, por haberle conferido un título que bien merece, un título que además se honra con el que la universidad ha asumido ella misma como mención de sus propósitos, el nombre de José Martí, de su vida, de su obra, de su apostolado y de su esperanza.

Honrar al Doctor Hart es honrar a Cuba, es honrar en Armando la historia de la cultura cubana, la historia de la educación en nuestro país y de todo lo que él significó, en la gesta que la hizo posible, recuerdo —y es un privilegio que solamente concede el tiempo—, aquel día, en que ya victoriosa la Revolución, aparecieron aquellos que con nombres crípticos habían ingresado en el silencio y el anonimato para realizar la magna obra de la transformación de Cuba, entonces un joven lleno de fuerza, de valor, apareció ante nosotros, era el mismo que en tantas otras oportunidades aparecía referido en acontecimientos de Santiago de Cuba y en acontecimientos vividos en nuestra propia grande e histórica universidad, donde se vivió el protagonismo singular y excepcional que le correspondió a esa alta casa de estudios en la historia de Cuba, ahí aparecía el perfil y la voluntad de Armando.

Sobreviviente de persecuciones, torturas, búsquedas incansables, protagonista de un acontecimiento casi romántico e insólito de la historia de la insurgencia juvenil, estudiantil y ciudadana, su fuga del antiguo Palacio del Segundo Cabo, sede del Tribunal Supremo, por una puerta lateral, escapa

⁶ Palabras de elogios pronunciadas por el Dr. Eusebio Leal Spengler, director de la Oficina del Historiador de La Habana, en ocasión de que al Dr. Hart le fuera entregado el Doctorado Honoris Causa en Educación, por la Universidad José Martí de Latinoamérica, 13 de junio de 2013.

Armando, y se convierte en noticia y se sabe en La Habana lo que ha ocurrido, lo cual no impide que después vaya al presidio, en el cual no sé si estaba escrita todavía aquella lapida oscura que José Lezama Lima me contó le contaba su padre el coronel Lezama, al ingreso en el Castillo de El Príncipe de La Habana, decía así la loza —si mal no recuerdo—: era un anoche negra y sobre un mármol negro una hormiga negra caminaba y, sin embargo, Dios la veía. Si esta historia es cierta, se ingresaba allí en la negrura del penal, en la oscuridad de la amenaza, en el compañerismo doloroso de lo que habiendo escapado a veces a la tortura serian mañana quizás liberados mártires de la Revolución por la cual se luchaba.

En una casa de La Habana Vieja, que es hoy Museo de la Educación, sobre una pequeña mesa, firmó el Ministro de Educación la Ley de la Alfabetización, documento histórico de enorme relevancia para América, trascendental para Cuba, la sociedad fue diferente a partir de que aquella miriada de jóvenes regresaron de lo profundo de los campos, de la periferia de las ciudades, con sus resultados a cuestas; se cambiaba no solamente a los educandos, sino a los noveles educadores. Ellos volvían de un contacto no esperado con el mundo campesino en lo profundo de Cuba, volvían también con la lágrima a penas enjugada por los que habían muerto víctimas de la más brutal y de la más cruel de todas las asechanzas, el nombre de Conrado Benítez recordado para siempre, de Manuel Ascunce Domenech, es también parte de la historia de esa gesta de la educación cubana y que nuestra generación no olvidará nunca.

Recordamos las primeras canas de Armando, recordamos su paso por la Secretaría de nuestro Partido, recordamos su permanencia en el Oriente de Cuba, donde se llevaban a cabo profundas transformaciones, allí le conocí, allí fui a verle, en realidad al que conocí primero en enero de 1959 fue a Jorge, conocí a Armando y con Armando de la mano de René Rodríguez allá cerca de Caletón Blanco, conté todo lo que sería el devenir, mi esperanza personal y futura, mi trabajo en el devenir del tiempo y Armando, desde allí, desde Oriente, con la solidez de su consejo me ayudó a ese principio que es fundamental y que era su recomendación: cabeza fría y mano caliente, hay que estar tranquilo, pero hay que hacer, hay que hacer y, hacer es la mejor manera de decir. Este podría ser también su lema, cuando años más tarde, el Ministro, se

convirtió en Ministro de Cultura, un profundo movimiento sacudió la sociedad intelectual cubana, no entraba solo Armando al Ministerio, venían acompañándole una serie de sólidos valores, muchos de los cuales se habían formado también en el Ministerio de Educación, recuerdo los rostros de muchos de aquellos compañeros, recuerdo aquellas palabras que me dijo una vez el más simpático y elocuente de todos los Viceministros, Raúl Ferrer, quien con una guitarra en la mano me decía, estate tranquilo que cuando una sociedad va a perecer quiere que el mundo se hunda con ella.

Pero en el Ministerio de Cultura aparecerían las luminosas figuras de Yeyé, de Alfredo y otros compañeros que contribuirían, a transformar de manera decisiva lo que hoy conocemos como nuestra cultura y nuestras instituciones culturales, mucho debe a Armando la intelectualidad cubana, porque jamás se afilió a ninguna corriente sectaria, fue un batallador ineludible por la verdad esencial de la Revolución cubana, por el pensamiento más puro y más vertical que formó en su primera juventud, cuando siguiendo al Doctor García Bárcena o a Eduardo R. Chibás en su propósito de transformar a Cuba para crear un estado de derecho se convirtió el mismo en un revolucionario sin necesidad de serlo. Miembro de una dinastía de letrados, siempre ha insistido cabalmente, que más importante que estudiar leyes, es estudiar derecho, que hay que profundizar en los fundamentos del derecho, del derecho ciudadano, del derecho general, del derecho público, del derecho administrativo, inmune a la corrupción, llega a nosotros como un símbolo vivo de la decencia del hombre cubano, de la mejor tradición cultural y patriótica de Cuba, no es Armando infalible y se ofendería si lo dijera, como ser humano puede no haber no pocas veces errado, pero es maravilloso poder llegar a esta altura de la vida cuando ya nos salpican las clámides del magistrado, ni el fango, pero si lágrimas incontables. Job en el sufrimiento, su austeridad le ha llevado a sufrir los más altos desafíos de la vida y, sin embargo, con una gran dignidad, encontró en el pensamiento de José Martí el ancla capaz de superar todo sentimiento que no sea el de amor por la humanidad, por lo que sufren y lloran, por los que padecen desamparo y a eso, a eso, ha consolidado su vida.

Recuerdo con ternura a su padre el magistrado Don Enrique, que ocupó el más alto grado en la magistratura y que llevó con orgullo la orden de José

Martí, siendo el primer cubano en recibirla y ostentarla, un magistrado y un hombre digno que pasó también incólumepor la historia de la República fundando una familia, donde la primera sangre fue la de su propio hijo.

Es por eso que hoy, al rendirle tributo quisiera no hacerlo en nuestro nombre, sino en el de todos aquellos que le agradecemos, no hay prenda más hermosa que la gratitud, bien ha dicho el Rector, cualquier virtud política, filosófica, cualquier filiación de ideas tiene que tener un anclaje en la condición humana y Armando es esencialmente un hombre nuevo.

Breve tienen que ser estas palabras porque estoy convencido que lo que no diga hoy lo dirá la historia.

[IR ARRIBA](#)



La vitalidad del pensamiento radical latinoamericano.⁷

Néstor Kohan.

[...] Hart está pensado para el futuro, para las nuevas generaciones, para la gente joven que hoy se incorpora a la lucha por otro mundo posible, al proyecto por otro mundo mejor, a la militancia por el socialismo a escala mundial...

Armando es un joven por la frescura y la amplitud de sus ideas, por la pasión y el entusiasmo con que aborda los problemas, por la ausencia de reverencias que pone en práctica frente a “las autoridades” otrora tradicionales de la teoría y frente a los dogmas cristalizados que obstaculizaron el sueño revolucionario de las generaciones precedentes. Sólo a partir de su energía y su entusiasmo juvenil puede animarse a incomodar los cánones trillados y los lugares comunes que tanto han retrasado al pensamiento de la rebelión, a la teoría de la revolución, a la práctica política de la transformación radical y al proyecto socialista en América Latina y en el mundo. Pero se trata de un joven muy especial. Uno que no hace tabla rasa con el pasado porque sabe en carne propia lo imprescindible de la continuidad histórica y de la transmisión de experiencias acumuladas por las generaciones de revolucionarios que nos antecedieron. A pesar de ese espíritu juvenil, cuenta en sus espaldas con la experiencia de casi medio siglo de participación en luchas políticas contra el imperialismo y el capitalismo, por la liberación nacional y el socialismo latinoamericano [...].

Sus nuevos planteos sobre Marx y Engels, así como la lectura sobre la cultura, los valores y la ética que nos propone, aunque originales, tampoco son creaciones ex nihilo. Se nutren de toda una tradición anterior de pensamiento radical latinoamericano en la que él se formó a comienzos de los años 50 en la colina universitaria, junto con Fidel y el resto de la Generación del Centenario

⁷ Versión del prólogo escrito por Néstor Kohan en septiembre del 2004, para el texto de Armando Hart, *Marx, Engels y la condición humana. Ideas para el socialismo del siglo XXI. Una visión desde Cuba*, 2005.

que integró el Movimiento 26 de Julio. Para conocer más en detalle ese proceso de formación inicial sugerimos al lector o a la lectora que consulten *Aldabonazo*, imprescindible obra de Hart que contiene las experiencias políticas de la juventud cubana que protagonizó la lucha revolucionaria durante toda la década del 50... Esa tradición previa de pensamiento radical nacido de lo más profundo de nuestra América tiene en José Martí, obviamente, al gran iniciador. Pero se equivocan los que reducen su fuente únicamente a Martí. Junto a él también están Rodó, Darío, Ingenieros y el joven Vasconcelos; Mella, Martínez Villena, Raúl Roa y Antonio Guiteras; Recabarren, Sandino, Farabundo Martí, Ponce, Deodoro Roca y Mariátegui, entre muchísimos otros [...]

Armando Hart, que es nieto y heredero legítimo de la hermandad de Ariel (o familia martiana o tradición bolivariana o como quiera llamársela), es continuador actual del pensamiento radical latinoamericano, puede avanzar con paso seguro sobre el terreno abonado por casi 50 años de experiencias revolucionarias continentales de las que él ha sido protagonista directo. Él insiste una y otra vez en que la resistencia frente a la actual globalización capitalista y la hegemonía que sobre ella imprime el imperialismo norteamericano tiene que sustentarse en las raíces culturales propias, enjuicia duramente los dogmas que petrificaron la teoría del marxismo y le quitaron fuerza moral. La fortaleza moral que todavía tenía en tiempos de Mella y de Mariátegui.

Esa crítica al dogma se torna impostergable porque mucha agua corrió bajo el puente. Hoy ya no nos podemos dar el lujo de tener la “inocencia”, si se nos permite el término, ni la virginidad política de aquellos heroicos marxistas latinoamericanos de los años 20, entrañables fundadores de nuestra tradición. Hart lo dice claramente y con todas las letras. En los regímenes políticos del Este europeo —donde nació y se consolidó, a partir de la muerte de Lenin, una cultura política que ilegítimamente asumió el nombre de marxismo ortodoxo— hubo errores y horrores tremendos. La bochornosa e indigna caída de esas sociedades no comenzó en 1985, nos alerta. La perestroika —con toda su claudicación ante el mercado y su exaltación del capitalismo— es una consecuencia de una descomposición previa, no una causa. La derrota de esos regímenes comenzó a gestarse muchísimo antes.

Al acometer ese balance crítico, Hart no realiza una descripción neutral, aséptica, desterritorializada (sic) ni descontextualizada. Como integrante de la dirección histórica de la Revolución Cubana, Hart expone en estos escritos una confesión amarga pero inequívoca: “La hemos vivido [la caída de la URSS y de las sociedades de Europa oriental] desde la perspectiva de la izquierda revolucionaria, antiimperialista y socialista” [...]

Tenemos pues que hacernos cargo y dar cuenta de la fuente de todos esos “errores y horrores”, nos advierte: “...no basta con denunciar los errores, es indispensable analizar las raíces filosóficas de los mismos”. La idea reaparece varias veces en su obra: “No basta con denunciar los crímenes en nombre del socialismo, es necesario estudiar las raíces históricas, culturales y psicológicas de los mismos” [...]

No se queda en la superficie, se esfuerza por penetrar en las capas más profundas de aquella triste concepción del marxismo que alguna vez llegó a plantear, por boca del mismo Stalin: “La URSS es superior al capitalismo de Occidente porque produce mayor cantidad de acero”; en lugar de ubicar el eje de la disputa en la lucha por la hegemonía y por una nueva concepción de la vida, la cultura y los valores éticos. Si se combatía en el mismo terreno del capitalismo, la batalla estaba perdida de antemano (como finalmente quedó demostrado). Por eso explica, lúcidamente, que las raíces de la crisis comienzan tras la muerte de Lenin y no recién en los años 80, cuando los síntomas de la enfermedad aparecen a la vista de todo el mundo... Aquel derrumbe de 1989 no fue una derrota militar sino más bien un desarme ideológico. La URSS se desintegra y desaparece de escena no porque le hayan lanzado misiles nucleares ni bombas atómicas sino porque pierde la confrontación en el terreno de la ideología, de los valores, de la ética y de la cultura... Evidentemente, allí no se pudo crear la nueva subjetividad y la nueva cultura que tanto reclamaba el Che Guevara ni la hegemonía socialista en la que pensaba Antonio Gramsci. El marxismo oficial de esos países ya no tenía ni la autoridad moral ni el poder de convencimiento que nunca debió haber perdido. Como alertaba Roque Dalton, los marxistas revolucionarios podemos aceptar todas las clandestinidades..., menos la clandestinidad moral.

[...] Armando Hart sugiere también “volver a leer y estudiar a Lenin” a partir de un ángulo bien preciso: “desde posiciones tercermundistas y de

izquierda”. Vale la pena seguir su consejo. Ese reexamen sobre la experiencia frustrada de la URSS no puede detenerse ante los hechos históricos. Tiene que conducir a nuevas investigaciones en la teoría. Según los términos empleados por Hart: “Para rescatar el pensamiento marxista del pantano ético dejado como nefasta herencia por más de 80 años de tergiversaciones es necesario investigar los fundamentos culturales del materialismo histórico”.

La finalidad de sus análisis históricos y teóricos no es el auto flagelo del socialismo ni derramar lágrimas sobre el difunto político. Tampoco la desmoralización de los militantes ¡Todo lo contrario! Lo que se persigue es robustecer el pensamiento crítico para evitar que las próximas luchas sean derrotadas. El objetivo es enriquecer al marxismo y al pensamiento de la revolución para poder luchar mejor por la transformación radical de las personas, las relaciones sociales y las instituciones. Se trata de volver a la pelea fortalecidos, luego de haber hecho un balance, con la cabeza erguida y la moral bien alta. [...]

Nos invita a realizar un replanteo teórico de conjunto para que el marxismo sea una herramienta eficaz en la lucha contra el sistema capitalista y el imperialismo, en lugar de un peso muerto que hay que cargar en la espalda por temor a la “ortodoxia”. Para que nos permita pensar la sociedad latinoamericana y su transformación histórica, en lugar de ocultarla y negarla con citas autorizadas. Para que nos facilite la tarea, en lugar de obstaculizarla. Para que nos permita comprender la necesidad de unir al campo revolucionario, antiimperialista y anticapitalista, en lugar de generar divisiones artificiales, narcisistas, estériles e incomprensibles. Para que nos ayude a radicalizarnos cada vez más, en lugar de moderarnos y hacernos paulatinamente más “realistas” e institucionales. Para que nos permita hacer observables nuestras falencias y debilidades colectivas, en lugar de cegarnos y volvernos cada vez más sordos. En suma, para que nos invite a formular nuevas preguntas, en lugar de clausurar los debates [...]

No se conforma con lo habitual: citar, glosar y volver a reproducir lo que ya sabemos. Aporta conocimiento nuevo. Interroga a los fundadores de la filosofía de la praxis desde preguntas inéditas donde nuevas dimensiones, anteriormente “proscriptas” del materialismo histórico o consideradas “herejías revisionistas”, se integran en la visión marxista... Nos invita a profundizar, a

interrogarnos y a investigar. Nos propone utilizar el marxismo como herramienta y método, pero despojado de todo determinismo, de todo materialismo vulgar, de todo economicismo y de toda escolástica [...]

No puede desconocerse que sus formulaciones, nutridas de la experiencia de la Revolución Cubana, adquieren un carácter universal. Lejos de todo provincianismo intelectual, no podemos dejar de señalar que la aproximación teórica de Hart (donde el centro del pensamiento filosófico está ubicado en los seres humanos insertos en relaciones sociales, sus luchas y conflictos históricos, su práctica social, su voluntad, sus creaciones culturales y sus valores éticos) mantiene notables analogías con otras formulaciones teóricas nacidas en el suelo europeo. Entre unas y otras no hay calco ni copia, no hay trasplante ni “recepción”, sino más bien una convergencia de perspectivas y una sugerente afinidad electiva de motivos ideológicos similares [...]

Los ensayos filosóficos, históricos y políticos de Armando Hart tienen la virtud de que logran sistematizar en un todo orgánico esa reflexión marxista, humanista y ética, común a Fidel y al Che, que atraviesa las vetas más originales de la cultura de la Revolución. Una concepción del marxismo que bien podría catalogarse, desde la rigidez petrificada de los dogmas de manual, como “eticista”, “voluntarista” e “idealista”. Nada distinto, por cierto, de lo que se acusó al Che Guevara y a toda la dirección de la Revolución Cubana durante los años 60.

[Ir arriba](#)



Armando Hart: un revolucionario febril.⁸

Eliades Acosta Matos.

[...] Cuando se hacen estas reflexiones a la luz de los años transcurridos, la figura del doctor Armando Hart se agiganta. Lejos de sentir que aquellos jóvenes de la Asociación Hermanos Saíz ponían sitio a su casa, o que peligraba la obra de su vida al servicio de la Revolución, entendió que aquel era el propio rostro de la Revolución, y que los que salían al paso enarbolando letras, símbolos, imágenes, ideas y preguntas eran, tanto como los que luchaban y morían en las lejanas tierras de África, sus hijos, y también los hijos de Fidel y del Che.

Hart estuvo entre los que de manera más inmediata y sistemática mantuvo un diálogo abierto con aquellos jóvenes artistas. Con paciencia y respeto los escuchó, y cuando fue necesario los criticó, mostrándoles los peligros del apresuramiento, las trampas de una incompleta formación, o las que se derivaban del deslumbramiento momentáneo ante una posmodernidad [...]

Nunca puso sobre la mesa de discusión su cargo de ministro, sus méritos de revolucionario de la primera hora, su vida entera dedicada a la causa de los pobres de la Tierra, su muy sólida cultura personal, ni sus incontables lecturas.

Cuando aceptó las discusiones abiertas..., lo hizo en igualdad de condiciones, admitiendo las discrepancias y escuchando con respeto hasta aquellos que, a veces por afán de notoriedad, buscaban impresionar al auditorio a toda costa. Mientras unos apelaban a sus citas crípticas y a rebuscadas autoridades de la Semiótica, a Hart le bastaba evocar la sombras coléricas y justicieras de los jacobinos, las luces del xix cubano, el dulce

⁸Versión del prólogo escrito por Eliades Acosta Matos, en febrero del 2002, para la *Biobibliografía de Armando Hart Dávalos*, de Eloísa Carreras, 2002.

ejemplo de Martí, las vidas trucas de sus compañeros de lucha, todo lo vivo que está en Marx, el ideario prístino de Lenin, el ejemplo cotidiano de Fidel. Entonces, sin proponérselo en su proverbial sencillez, lo veíamos crecer aún más, y salir siempre vencedor.

Nadie fue más magnánimo que Hart, pasado el ardor de la discusión y el combate. Porque supo, desde el primer momento, que su nueva tarea, la nueva misión a que lo destinaba la Revolución y la patria, era la de sumar a las generaciones más recientes de artistas y pensadores cubanos al torrente hirsuto, pero apretado, de la cultura que nos hacía y nos hace invencibles ante los enemigos y las dificultades. Quien había abierto a los padres humildes de aquellos jóvenes las puertas de la dignidad, arriesgando la vida en la lucha; quien había ayudado a salvar a tantos cubanos de las tinieblas de la ignorancia desde los días del Ministerio de Educación y la Campaña de Alfabetización; quien había contribuido, como pocos, a restañar heridas, salvar escollos y remontar desconfianzas en la aplicación de la política cultural del país, tenía ante sí, en aquellos convulsos momentos, una de las tareas más complejas de su vida, y la cumpliría con sobrado éxito.

Por aquellos días se venía al suelo no sólo el Muro de Berlín, sino las esperanzas que millones de hombres y mujeres del planeta habían depositado en aquella experiencia de redención fallida. Y mientras se cernía sobre Cuba revolucionaria y resistente un cerco renovado, y abundaban las predicciones apocalípticas de los augures del capital y sus cipayos sobre el inminente fin de nuestra rebeldía, aumentaban los apagones, se detenían industrias e inversiones, las bicicletas inundaban nuestras calles y algunos se deshacían de su pasado, renegando de sus ideas de juventud, otros, los mejores, los de siempre, los imprescindibles, volvían a alzarse en armas, regresaban a la manigua redentora, convocaban y arengaban a su pueblo en las nuevas trincheras, sin descanso, sin reposo, sin desfallecer. Esos sabían que estaba en juego, no tan sólo las conquistas de la Revolución, sino también nuestro futuro como nación. Y entre los primeros, como siempre, estuvo Hart.

Pocas veces en mi vida he leído la trayectoria vital de una persona, de un dirigente político, de un pensador, que haya tenido en una década la intensidad, la pasión febril, la movilidad extrema, hasta casi rozar el don de ubicuidad, que en esta biobibliografía de Armando Hart se muestra. No hubo

asunto, auditorio, escenario, evento humilde o crucial, que no contase con su presencia y su verbo compulsivo y reposado, según la ocasión o el tema. Quien desee reconstruir el itinerario revolucionario de estos días difíciles y decisivos donde los peligros fueron conjurados con ejemplar voluntad martiana..., que se remita a los escritos y discursos de entonces, a las ideas que se enarbolaron con lucidez y también con rabia y empecinamiento, en franco y altivo desafío contra todas las predicciones, contra todos los augurios [...]

Estos 10 años de vida, de entre los más intensos y fecundos, de la muy intensa y fecunda vida de Armando Hart, son el itinerario de una década decisiva para la Revolución Cubana y para los proyectos de redención de gran parte del mundo. Aquí los lectores del futuro podrán encontrar las claves de nuestro triunfo. Entenderán, a fin de cuentas, que en Cuba se salvó mucho más que en una nación pequeña del Caribe y una diminuta isla de los océanos. Porque fue mucho más que eso lo salvado por el pueblo cubano en estos años de dura prueba. Fue mucho más que eso lo inscrito desde entonces en la vida de hombres como Armando Hart.

[Ir arriba](#)



Hijo ilustre de la colina universitaria.⁹

Eduardo Torres-Cuevas.

La Universidad de La Habana estaba en deuda con uno de sus hijos más ilustres, con el doctor Armando Hart Dávalos. La universidad revolucionaria con uno de sus creadores y animador constante, el compañero Armando Hart Dávalos. Su devoción a esta institución ha estado unida a la historia revolucionaria e intelectual que ha palpitado en claustros y pasillos, en aulas y plazuelas, en la escalinata y en la calle. En sus aulas estudió, aquí se manifestaron sus primeras inquietudes revolucionarias. Aquí vino cuando el funesto golpe de estado de 1952 para incorporarse plenamente a la lucha, ya iniciado en el ideario martiano. Al triunfo de la Revolución, como su primer ministro de Educación, fue uno de los gestores de la Reforma Universitaria que abrió las puertas de la histórica Colina al pueblo, a la teoría revolucionaria y al calor científico hasta entonces al acceso de unos pocos. De entonces a hoy, nunca ha dejado a ésta, su Universidad.

Pero si el Alma Mater, reconoce la fidelidad de este hijo que la ayudó a transformarse y la ha nutrido todos estos años con su constante saber y saber hacer, no es sólo por ello que se honra al honrar al doctor Armando Hart Dávalos con su más alta distinción, el Doctorado Honoris Causa en Ciencias Políticas. Son los méritos creadores del revolucionario, del intelectual y del hombre profundamente sensible a todo aquello que signifique una justicia, los que hoy, en esta histórica Aula Magna —la de Mella y José Antonio, la de Fidel, la que guarda los restos sagrados del que nos enseñó primero en pensar, Félix Varela, patriota primero— le hacen merecedor de este título, y de nuestro reconocimiento que va mucho más allá que el acto formal. Los aplausos que aquí se le han tributado son prueba irrefutable de ello.

⁹ Versión de las palabras de Eduardo Torres-Cuevas, en el acto de investidura a Armando Hart, con el Doctorado Honoris Causa en Ciencias Políticas por la Universidad de La Habana, el 27 de junio del 2000.

En pocas vidas se da tanta coherencia entre la práctica revolucionaria y la producción creadora y retadora de ideas. Su vida activa dentro del panorama de la lucha con las armas y con las armas de las ideas, cubre toda la segunda mitad del siglo que termina..., y el Hart que hoy tenemos entre nosotros ya inserta sus trabajos y sus ideas en el siglo xxi. Pocas veces he conocido una pasión revolucionaria tan contagiosa, tan desbordante de inquietudes y búsquedas que lo llevan siempre a nuevos encuentros dentro de los caminos más difíciles de la producción del pensamiento teórico de la Revolución Cubana.

Pasión y fidelidad revolucionaria, sobre todo en tiempos difíciles, parecen ser dos palabras que definen los nortes inequívocos de la vida de este ilustre hijo de nuestra Colina. Vendrá luego la historia, con el decantar del tiempo, y estoy seguro que entonces se tendrá toda la dimensión de los hombres de hoy. Pero a la hora de que el hoy sea pasado y el frío análisis en su conocimiento más profundo, permita reconocer los lugares de cada quién en una de las épocas más trascendentes de la historia cubana, Armando Hart tendrá el suyo, y por cierto, muy destacado. Urge no sólo recuperar la memoria histórica de estos tiempos sino, más aún, crearla, rescatando lo que puede perderse irremediamente en un olvido sin retorno.

Quien fue fundador del Movimiento 26 de Julio, coordinador nacional del mismo, el primer ministro de Educación de la Revolución —bajo cuya dirección se realizaron hechos culturales trascendentes como la Campaña de Alfabetización, la Reforma Universitaria, el sistema nacional de becas, las facultades obrero campesinas— creador del Ministerio de Cultura, cuya dirección ocupó durante veinte años y que hoy se nos afana con la divulgación y el estudio de la obra cubanísimamente revolucionaria de José Martí, es ya una figura histórica aún por calibrar en toda su dimensión.

Quizás una de las fases más importantes de la obra de Hart es su producción intelectual. Para quienes la conocemos sabemos que esta brotó de la práctica revolucionaria. Reflexiones, interrogaciones, búsquedas, tanteos, propuestas dispersas en discursos, artículos, folletos, libros, son una inapreciable fuente por la que circula la historia ideológica y teórica de la Revolución Cubana. En ella palpita su fidelidad y cercanía, llena de orgullo, a Fidel. Es la historia de las ideas de una generación que tuvo en la justicia

social, en la igualdad, en el internacionalismo, en Martí y Marx, en la Revolución Latinoamericana y en la solidaridad con los humildes y revolucionarios, la razón de ser, de hacer y de pensar. Una generación que hizo posible la Revolución pensada. Hoy la tarea sigue siendo difícil, quizás más que en otros tiempos. Pero ahí tenemos a Hart con la misma pasión creadora. Su Mensaje Educativo, aquel documento de fundamentación de la política revolucionaria en la enseñanza, a principios de la Revolución, sus libros Cambiar las reglas del juego, Cultura en Revolución y el para mí apasionante, Aldabonazo, forman parte de la obra cultural de la Revolución.

Quienes hemos conversado con él en los últimos tiempos lo vemos enfrascado con los grandes retos que el pensamiento de la Revolución Cubana tiene ante sí. Sabe, como pocos, que en el rescate de las ideas martianas y en el de los clásicos del pensamiento revolucionario cubano, desde Varela y Luz; Mella y Rubén, hasta Fidel, está la fundamentación de las más profundas raíces de la Revolución Cubana y uno de nuestros más apreciados aportes a la causa de Nuestra América. Y emociona su entrega hoy al reclamo de Fidel: en la cultura y en las ideas están las raíces firmes que eternizan la causa de Cuba y, con ella, de Latinoamérica.

Que la Universidad de La Habana conceda el Doctorado Honoris Causa en Ciencias Políticas al doctor Armando Hart Dávalos, implica una lección de profundo contenido cultural y revolucionario. Sepa usted doctor Hart que, al menos, con ello queremos corresponder, en una pequeña medida, con la envergadura de su obra, incitando, retando, a que desde ya, se inicie el estudio de la misma, fruto de desvelos, amores, entrega, fidelidad, honradez, y capacidad analítica, crítica y creadora. En su modestia casi siempre olvida usted que es también un hacedor de nuestro pensamiento revolucionario, por ello, tendremos que ser otros los que no olvidemos a la hora de crear memoria, que usted forma parte de ese perenne flujo de ideas y que, sin su obra, quedarían en la oscuridad importantes aspectos de esta historia vivida y pensada.

[Ir arriba](#)